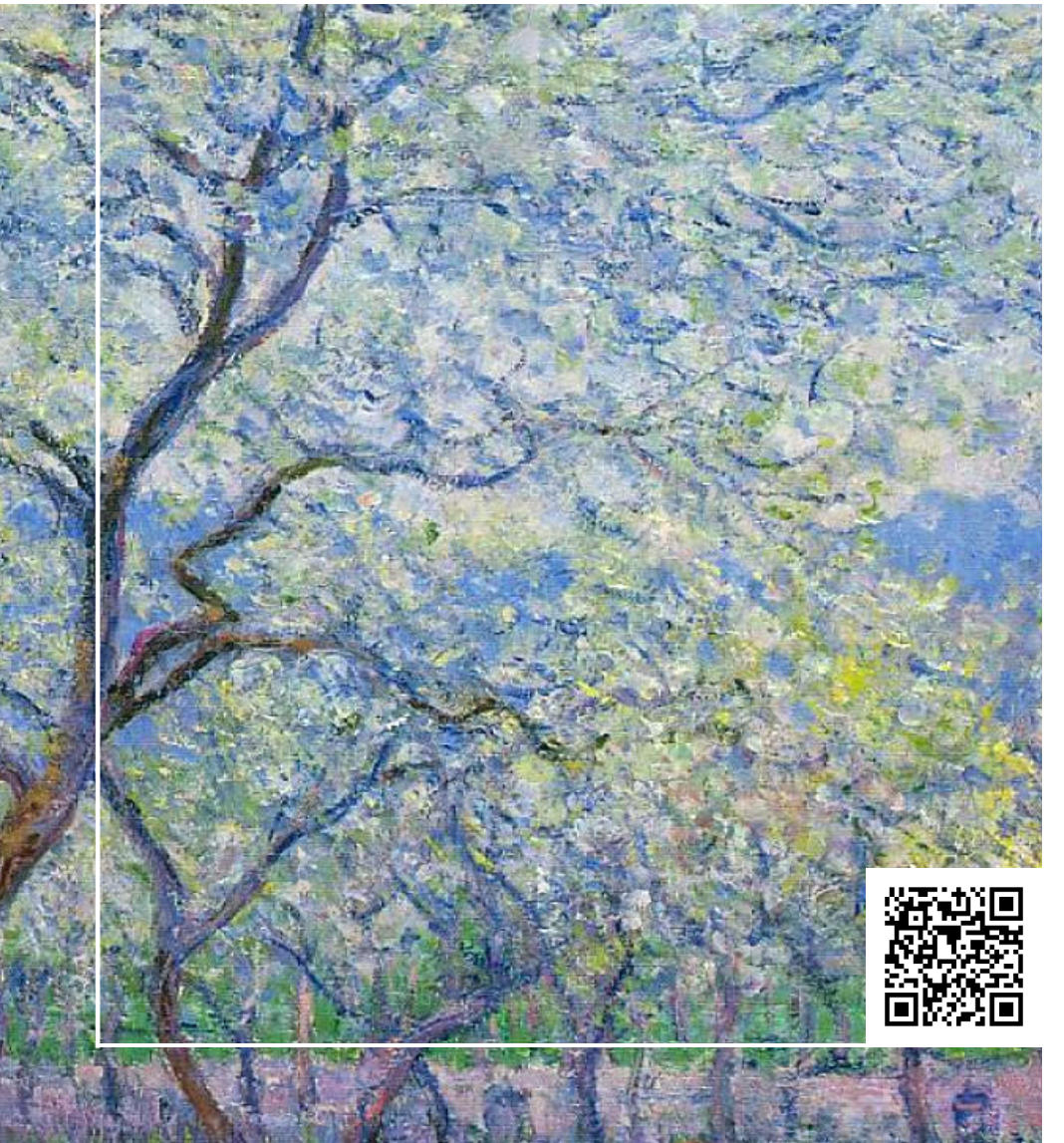
CENIZA

REVISTA DE LITERATURA

02



CENIZA

Revista de literatura | Marzo 2025

Ceniza número 2.
Primera edición: marzo del 2025.
© de los textos: sus respectivos autores.
© de la edición: Revista Ceniza.
cenizarevista@gmail.com

ISSN: 3045-7858

Todos los textos publicados en esta revista son propiedad de sus respectivos autores. Queda prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización correspondiente.

Sergio Altorre · Inés Belmonte · Henri Berger Martín · Lucía Blasco Martín · Sandra Bruno · Jaime Calaforra · Sara Ces · Tato Castro-Gómez · José Ignacio García de la Cruz · Francisco Garrido Delgado · Sara Garrido · Candela Jarilla · Patricia Iniesto de Miguel · Vincenzo Leonardi · Carlos G. Manrique · Eloy Márquez · Santiago Matskeeff · Sandrine Ortega · Agustín Raposo · Pedro Antonio Sánchez Sánchez · Ricardo Daniel Suárez García · Judit Tirado · Pilar Trol

EDITORIAL

EDITORIAL

La palabra vuelve a arder.

Este segundo número de Ceniza es la prueba de que el fuego sigue encendido. Veintitrés autores han encontrado en estas páginas un lugar donde dejar su huella, un espacio donde la palabra se despliega libre, sin ataduras ni prisas. Predomina la poesía, como un latido constante, pero también conviven aquí la dramaturgia, el ensayo y la narrativa breve, formando un coro de voces que dialogan, se cruzan y se responden.

No hay un hilo conductor explícito, ni una intención de encerrar estos textos en una interpretación única. Cada pieza ha sido elegida por su intensidad, por su capacidad de resonar en el silencio, por sostenerse en el filo de lo incierto. En tiempos donde la prisa dicta el ritmo de lo cotidiano, esta revista es una pausa, una invitación a leer con la lentitud que exigen las palabras que importan.

Ceniza no busca dejar certezas, sino abrir preguntas. Que cada lector se adentre en estas páginas como quien camina sobre un paisaje después del fuego: entre la devastación y el renacimiento, entre lo que se ha perdido y lo que aún arde.

Aquí está la segunda entrega. Que el fuego continúe.

DRAMATURGIA

Sara Ces

LA GRIETA DEL ÁRBOL

PERSONAJES

MENDIGO

NIÑA

ANCIANA

SOLDADO

EJÉRCITO DEL RECUERDO

Escena I.

Laberinto de juguete antiguo. Esos en los que tienes que llegar con la bolita de metal al centro. Las paredes son de plástico sucio. NIÑA está sentada en un banco de madera. Sus manos son pequeñas y la luz es amarilla, como su vestido. Es verano.

MENDIGO. – Siempre te encuentro en este banco.

NIÑA sonríe.

NIÑA. – Ayer un pajarito se posó en mi brazo, se quedó en silencio y me miró.

MENDIGO. – ¿Cómo te miró?

NIÑA. – No sé, sentí sus ojos pequeñitos mirándome. Le escuché cantar, los grillos le acompañaban. Crujieron todas las hojas del suelo. Sí, me miró. Me miró y se fue.

Una voz llama a NIÑA desde fuera. NIÑA se va corriendo. Las paredes del laberinto cambian de color. MENDIGO intenta deshacer el cambio, no puede.

MENDIGO se queda mirando como crecen las flores secas del suelo. Saca de su delantal una ramita de olivo, la deja

sobre el banco. Se incorpora y al levantarse, su mirada choca con la de ANCIANA, que camina por otra de las partes del laberinto de juguete. La duración de la mirada es un instante, aunque para ellos es eterna.

Escena II.

En medio de la noche, ANCIANA se encuentra tumbada, mirando hacia arriba, buscándose en el reflejo del plástico del laberinto. Parece que estuviese hablando en sueños, con la mirada perdida en ella misma. El laberinto comienza a moverse hacia un lado y hacia otro. La bolita de metal pasa delante de ANCIANA una y otra vez.

Escena III.

Está amaneciendo, aunque aún se aprecia la luna. Es fina como un alfiler y blanca como una perla. En el banco está sentada ANCIANA. A lo lejos se escucha correr el agua de un grifo antiguo de latón. NIÑA está en el otro extremo del laberinto de juguete, sentada en el suelo, observando una mariposa.

ANCIANA. – No consigo recordar como se vuelve a casa.

La luna se escurre hasta desaparecer.

ANCIANA. – O si la nieve de algún invierno la deshizo para siempre.

PAUSA. El sonido del agua cesa.

ANCIANA. – Si me concentro, puedo hacer volver a la niña de ojos color aceituna.

NIÑA. – *(A lo lejos, jugando con la mariposa)* Viene y se va. Viene y se va. *(PAUSA. La mariposa descansa en sus dedos)* No quiero quedarme dormida por si desapareces.

ANCIANA mira sus manos como si ya no fueran suyas. MENDIGO se acerca al banco.

MENDIGO. – Hoy vienes con el canto del gallo.

ANCIANA coge la ramita de olivo del banco y la guarda en su mano.

ANCIANA. – Yo de aquí no sé salir.

MENDIGO le tiende su mano. ANCIANA se mira las suyas.

ANCIANA. – Como si este sitio me hubiera tragado y no supiera escupirme.

ANCIANA se levanta y camina buscando el centro. NIÑA, desde otra parte del laberinto, se levanta y busca el centro.

Escena IV.

En el banco están NIÑA y MENDIGO. Huele a lluvia de verano. MENDIGO sostiene un paquete pequeñito envuelto con papel de periódico. NIÑA le mira, guardando silencio.

MENDIGO. – *(Entregándole el paquete)* Es para ti.

NIÑA rompe el papel de periódico, descubriendo un pajarito de madera que MENDIGO ha tallado para ella. Sonríe como si fuese la primera vez que alguien le regalase algo.

NIÑA. – Gracias.

NIÑA abraza a MENDIGO.

MENDIGO. – ¿Sabes qué día es hoy?

A lo lejos se escuchan pisadas de soldados. NIÑA aprieta los ojos con fuerza.

NIÑA. – Ya vuelve, ya vuelven...

Escena V.

ANCIANA está en el banco hablando para sí. A su lado, el pajarito de madera tallado. Aparece SOLDADO por fuera del laberinto de juguete. La mirada de ANCIANA desespera al verle llegar. Llueve fuera, salpica el laberinto.

ANCIANA. – ¡Arrea, que no quiero verte!

SOLDADO permanece inmóvil, sin expresión. Su cuerpo es tan rígido que parece de plomo.

ANCIANA. – ¿No me has oído? ¡Vete, y no te olvides de tu sombra!

SOLDADO. – Perdona si te molesto.

Fuera deja de llover radicalmente. Una pequeña puerta del suelo del laberinto se abre. De ella sale EJÉRCITO DEL RECUERDO como si fuera una masa uniforme. A medida que avanzan, se reproducen. El laberinto se vuelve blanco.

EJÉRCITO DEL RECUERDO. – ¿Dónde está?

De la puerta del suelo entra SOLDADO al laberinto.

ANCIANA. – *(En voz bajita)* Que no me ves...

SOLDADO. – *(Señalando a NIÑA)* ¡Ahí está!

ANCIANA. – Hormigas.

EJÉRCITO DEL RECUERDO camina hacia NIÑA, que sigue sosteniendo la mariposa en su dedo. Cuando EJÉRCITO DEL RECUERDO se encuentra con NIÑA, vuela la mariposa.

EJÉRCITO DEL RECUERDO. – ¿Sabes qué día es hoy?

NIÑA. – No me acuerdo.

ANCIANA. – Hormigas.

EJÉRCITO DEL RECUERDO. – ¿Sabes cuál es tu nombre?

NIÑA sonríe.

ANCIANA. – Hormigas con un cristal debajo...

SOLDADO. – ¡Lleváosla!

ANCIANA hace llover dentro del laberinto. Sus lágrimas inundan todo el juego. EJÉRCITO DEL RECUERDO saca a NIÑA del laberinto. ANCIANA intenta abrir la puerta del suelo, pero no tiene la llave.

ANCIANA. – ¡Dejad que vuelva la mariposa!

Escena VI.

ANCIANA y NIÑA están de pie, como si se tratase de dos estatuas griegas. Se miran por primera vez. NIÑA toma las manos de ANCIANA y las observa con atención, fijándose en cada una de las arrugas de su piel. El laberinto se llena de mariposas.

MENDIGO sostiene en sus manos el laberinto de juguete, lo guarda en su mandil de cuero desgastado. A lo lejos se escuchan pájaros cantando.

TELÓN

EN
SA
YO

Santiago Matskeeff

The Blacker Evil
Othello, Welles, Olivier

Las comedias, tragedias y romances nacían de la pluma de Shakespeare para ser representadas en los teatros londinenses. Sus personajes demandaban una voz en la realidad, pedían ser interpretados por actores profesionales. La historia de los dramas de Shakespeare se hizo desde un principio hermana de la historia de sus puestas en escena y de su consecuente recepción. Compilaciones como las que ha realizado Harold Bloom, donde el crítico reúne ensayos críticos publicados a lo largo de los siglos desde los tiempos del propio Shakespeare, confirman que la recepción de las obras del dramaturgo se vio condicionada por las obras que se estuviesen poniendo en escena en ese momento.

Finalizando el siglo XIX, los cambios en la producción artística que se empezaron a gestar permitieron que el número de copias posibles de una misma pieza artística se multiplicase. Como escribe Walter Benjamin, esta transformación del proceso de producción de la obra se vio ejemplificada, más que en cualquier otra parte, en la fotografía y en el cine. Como era de esperar, una vez que el teatro

de Shakespeare se posicionó en la gran pantalla, no volvió a salir de allí. En cada década de los siglos XX y XXI, en occidente y oriente, se han realizado producciones de sus dramas que se han insertado en el canon cinematográfico. El cine, comenta el crítico Russell Jackson, se hizo parte de la historia de la recepción de los dramas shakesperianos (Jackson, 2007: 02).

Posiblemente sean las tragedias del dramaturgo las que mejor se adaptaron a la gran pantalla. Hay al menos cinco producciones reconocidas por cada una de las tragedias más famosas de Shakespeare. Desde el *Hamlet* de Laurence Olivier hasta la última adaptación de *Macbeth* de Joel Coen, las tragedias han estado hablando con las distintas generaciones de espectadores. Todas las situaciones y problemáticas de las obras se han vertido al cine, algunas adaptadas a contextos contemporáneos, como sucede con *West Side Story*, el remake del musical de los años sesenta filmado recientemente por Steven Spielberg.

Othello no queda fuera de este diálogo. En las puestas en escena de esta obra se puede ver el cambio de paradigma cinematográfico y actoral que se produjo en los últimos cien años. Si durante siglos las mujeres de Shakespeare fueron interpretadas por hombres, durante décadas el Moro de Venecia fue interpretado por actores blancos. Este es el caso de Orson Welles y Laurence Olivier, quienes mostraron matices muy distintos de la tragedia y de la naturaleza del mismo Othello. Ambos films se encuentran ligados a su contexto, a distintos intereses culturales y estéticos; muestran dos caras, o dos *colores*, de un mismo personaje, enfrentándose a la cuestión que advierte Neil Taylor cuando escribe que "any production of *Othello* automatically raises the issue of casting by stereotype: will the actor who plays Othello be black or white?" (Taylor, 2007: 274).

Todavía a mediados del siglo XX la gran mayoría de los actores que interpretaban a Othello seguían siendo blancos. El teatro, y el cine, seguían imitando a la vida, representando los valores de la sociedad. No sorprende entonces que, como sigue explicando Taylor,

> […] that as recently as 1952 and 1965 Orson Welles and Laurence Olivier should have been appearing in films of *Othello* in blackface. Indeed, up until the 1980s, any white Shakespearean stage actor would normally have aspired to play the part. But now, blackface no longer convinces. The mask has ceased to be a convention and become an outrage. (Taylor, 2007: 275)

Aunque algunas producciones evitaran caer más que otras en estereotipos raciales, entre los años ochenta y noventa las películas y puestas en escena de *Othello* dejaron de llamar a actores blancos para interpretar el papel del héroe. En ese contexto, la supresión de la "blackface mask" se vio como un acto de liberación (Taylor, 2007: 276). Gracias a films como el de Oliver Parker, de 1995, Othello comenzó a hablar de otra forma con la audiencia, desde otra perspectiva, sin ocultarse detrás de una máscara.

Asimismo, el Othello de Olivier y el de Welles no dialogan con la obra ni con el público de una misma forma, incluso siendo ambos actores blancos con tizne en sus rostros. Es conocida la polémica que suscitó el personaje de Olivier, principalmente en cuanto a su maquillaje. Como escribe Barbara Hodgdon: "Olivier's Othello confirms an absolute fidelity to white stereotypes of blackness and to fantasies, cultural as well as theatrical, that such stereotypes engender […]" (citado en Tatspaugh, 2007: 157). Todas las alusiones que se hacen al color de Othello con fines denigrantes en la obra de Shakespeare son acentuadas en este film.

Palabras, escenografías y vestuarios son puestos al servicio de a caracterización de Othello como un verdadero *otro*.

Es la *ambigüedad* (Novy, 2013: 91) del color de Othello la que contribuyó a que los directores de mitad de siglo se permitiesen decidir qué tan *negro* era el Moro, presentándolo como un sultán ajeno a occidente, como sucede con el Othello de Olivier, o como un *signor* que ha obtenido el poder necesario para ser respetado en un país que no es el suyo, como sucede con el Othello de Welles. Sin embargo, como sugiere Marianne Novy, "as the play proceeds, Othello's blackness increasingly takes on allegorical associations with evil. […] His blackness is not simply an aesthetic reason for possible unattractiveness […] but associated with shame" (Novy, 2013: 91). Este es un detalle que ayudará a configurar el carácter extranjero de Othello en films como el de Olivier.

En el capítulo "Gender and family", del *Cambridge Companion to Shakespearean Tragedy*, la autora Catherine Belsey afirma que

> There can be no doubt that Othello's blackness is a significant component of the play. The first act alone is pervaded by hate-speech. Othello is identified as 'the thick lips' (1.1.65); 'an old black ram… tupping' the white ewe, Desdemona (1.1.87–8); a 'Barbary horse' Who will give Brabantio's family 'nephews to neigh to you' (1.1.110–11). Desdemona is imagined in 'the gross clasps of a lascivious Moor' (1.1.124). Her father tells Othello he cannot believe that his daughter would voluntarily leave her home for 'the sooty bosom / Of such a thing as thou' (1.2.70–1). (Belsey, 2003: 139)

Con esta selección de ofensas y ultrajes, el lugar de Othello en la cosmovisión veneciana queda fijado. No es solo su archienemigo, Iago, quien se refiere a él como un animal, sino que este necesita

solamente mencionar al Moro para que otro ciudadano como Brabantio piense inmediatamente en lo peor. Othello se encuentra siempre en el borde, es su capitanía la que evita el desprecio total de los demás.

Por si las ofensas referidas por Belsey no bastasen, en el film de Stuart Burge a Othello se lo introduce por vez primera con un cariz extravagante. Aparece sonriente, con un aire de melosidad, jugueteando con una rosa. Su maquillaje y su actitud, como recuerda Taylor, posicionan el film en el conjunto de producciones segregacionistas que, como en *Uncle Tom's Cabin*, de 1928, un actor blanco ridículamente maquillado representa a un personaje negro que vive en un mundo de juegos y despreocupación (Taylor, 2007: 275).

Lo contrario a este Othello es el Othello de Welles. Lo primero que se ve en el film de 1951 es el rostro del Moro, su piel, pero en el mundo de sombras del film el maquillaje de Orson se asienta sutilmente, no es extravagante. Como dice Tatspaugh, "Welles's Othello is statuesque and controlled" (Tatspaugh, 2007: 150). Este capitán es tranquilo, de actitud estoica. Othello no es digno de burla, es un otro porque viene de afuera y ocupa el lugar de comandante, no por su aspecto físico ni por su comportamiento. Casi no hay referencias al color de piel de Othello en esta película, la obra de Shakespeare se encuentra mutilada por todos lados, para Welles prima lo conciso. Tanto los insultos del primer acto como las palabras que Othello profiere en su monólogo respecto a su propia negrura están elididos. Tampoco la acusación de Emilia encuentra lugar en este film[1], el color negro es apenas un distintivo,

no es algo que los demás usen en contra de Othello.

[1] "O, the more angel she, and you the blacker evil!" Acto 5, Escena 2.

A diferencia de la producción casi jocosa de Olivier, Welles trajo al cine a un héroe caído en la desgracia que — gracias al recorte del director — se muestra digno de honor y respeto. No se teme tanto a la naturaleza exótica de Othello como a su carácter de *insider*. Este Othello es el que mejor representa los intereses de Venecia. Esto es lo que lo vuelve peligroso. Como dice Annia Loomba: "Othello is not simply an alien who crosses over by marrying Desdemona, he is also the exotic outsider who alone is capable of defending Venice against other outsiders such as the Turks" (Loomba, 2001: 162). La presencia de Othello inquieta al pueblo porque desestabiliza las categorías étnicas, poniendo en riesgo la conformación de una identidad racial concreta.

Corpus

Shakespeare, William. "Othello" en *The Complete Works of William Shakespeare*. New York, Knickerbocker, 2014. 818-857.

Filmografía

Burge, Stuart (Director). (1965) *Othello*.

Welles, Orson (Director). (1951). *Othello*.

Bibliografía

Astington, John H. "Playhouses, players, and playgoers in Shakespeare's time" en *The Cambridge Companion to Shakespeare* (editado por Margreta de Grazia y Stanley Wells). Cambridge, Cambridge University Press, 2001. 99-113.

Belsey, Catherine. "Gender and family" en *The Cambridge Companion to Shakespearean Tragedy* (editado por Claire McEachern). Cambridge, Cambridge University Press, 2003. 132-151.

Benjamin, Walter. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México, D. F., Ítaca, 2003.

Gil Harris, Jonathan. "Shakespeare and race" en *The New Cambridge Companion to Shakespeare* (editado por Margreta de Grazia y Stanley Wells). Cambridge, Cambridge University Press, 2016. 201-215.

Jackson, Russell. "Introduction: Shakespeare, films and the

marketplace" en *The Cambridge Companion to Shakespeare on Film* (editado por Russell Jackson). Cambridge, Cambridge University Press, 2007. 01-12.

Loomba, Ania. "Outsiders in Shakespeare's England" en *The Cambridge Companion to Shakespeare* (editado por Margreta de Grazia y Stanley Wells). Cambridge, Cambridge University Press, 2001. 147-166.

Mason, Pamela. "Orson Welles and filmed Shakespeare" en *The Cambridge Companion to Shakespeare on Film* (editado por Russell Jackson). Cambridge, Cambridge University Press, 2007. 187-202.

Neill, Michael. "Shakespeare's Tragedies" en *The New Cambridge Companion to Shakespeare* (Editado por Margreta de Grazia y Stanley Wells). Cambridge, Cambridge University Press, 2016. 121-135.

Novy, Marianne. "Othello and Other Outsiders" en *Shakespeare & Outsiders*. Oxford, Oxford University Press, 2013. 87-120.

Tatspaugh, Patricia. "The tragedies of love on film" en *The Cambridge Companion to Shakespeare on Film* (Editado por Russell Jackson). Cambridge, Cambridge University Press, 2007. 141-164.

Taylor, Neil. "National and racial stereotypes in Shakespeare films" en *The Cambridge Companion to Shakespeare on Film* (Editado por Russell Jackson). Cambridge, Cambridge University Press, 2007. 267-279.

NARRATIVA BREVE

Tato Castro-Gómez

El Timbre

Andréi totalmente ajeno a la ruidosa ciudad que despierta a su alrededor, turno de noche, el va con la disposición total de acabar con el día, si puede llamarse así a la jornada trabajada de seis de la tarde a seis de la mañana. Edificios titilantes abren el paso de la avenida con luminarias que sufren turnos similares a Andréi, iniciando la sustitución del panorama estelar. Edificio departamental número 2XX, reja semi abierta, pensada como la vía de acceso para aquellos que egresan a jornadas laborales cautas frente a la ingenuidad de los laburantes, nunca pensadas para el ingreso de desvelados crónicos por contrato.

Botón con flecha ascendente; piso dieciocho; esperar que descienda hasta el primer nivel. Apertura de puerta; ascensor vacío; Andréi sube y marca el cuarto piso. Subida leve; no hay música de ambiente; ¿cuál es la música de ambiente?; repetición de la apertura de puertas y nuevo piso frente a los ojos. Baja del ascensor y las luces reaccionan a su presencia, el pasillo negro va revelando nuevas parejas de puertas con el caminar pausado del noctámbulo; Andréi no piensa en el temor que le producía el pasillo en sus primeros días de estancia en el edificio, no recuerda las elucubraciones rebuscadas que ingeniaba su intelecto para entretener sus receptores de miedo, solo piensa y recuerda en las sábanas blancas que relajarán su cuerpo con el frescor del primer contacto que lo abrigará hasta

pasado el mediodía.

Frente a la puerta del departamento 4XX, el sueño mezclado con maquinaria que lo convierte en maquinista y en máquina, olvida la no existencia de una pareja que lo reciba tras su arduo esfuerzo no notado ni recompensado, olvida la situación deplorable en la que vive, no es el trabajar para vivir, ni el vivir para trabajar, cualquiera hasta en su grado más negativo sería una mejoría frente al culmen de lo absurdo: trabajar para costear lo necesario que le permita seguir con el trabajo. Ciclo destructivo. El sueño olvidó la soledad del departamento, por lo que Andréi tocó el timbre ubicado a la izquierda de la puerta de madera contrachapada, esperando que el abandono le abriera la puerta. En el momento en que recordó su situación, buscando la dupla de llaves —una quita el cerrojo, otra abre la puerta—, escuchó cómo la puerta perdía el pestillo y el pomo giraba, dejando entrever un hombre excelentemente vestido dentro del departamento: traje de etiqueta negro combinado con una camisa pulcra y corbata igualmente negra, cerrando su apariencia con un finísimo sombrero de copa.

—Bienvenido, Andréi.

—¿Quién es usted y por qué está en mi departamento? —El inesperado encuentro con este hombre formal, su mirada etérea, le desgarró el sueño de un zarpazo cristalino—. Nadie tiene una copia de la llave, solamente yo y, si supongo correctamente, la dueña de este lugar que funciona como mi arrendataria.

—No tengo ninguna llave, señor. Usted ha tocado el timbre, por lo que, según dicta la lógica, esperaba que alguien le abriera la puerta para poder entrar. Ahí entro en acción.

—Eso fue un error, tenía demasiado sueño. Pero no ha respondido a mi pregunta, ¿cómo ha entrado aquí?

—No he entrado señor, ante el requerimiento de alguien que abriera la puerta, esto por la utilización del timbre, no me ha quedado otra opción que la de abrirle —la cara del hombre no mostraba el mínimo gesto de cinismo, solamente sus ojos acompasados con el mostacho colorín que adornaba su bozo destilaban la gentileza de su intención—. ¿Acaso estuvo mal mi actuar?

—Obviamente que sí, ¿en qué situación sería aceptable que un completo desconocido entrase sin permiso a un hogar ajeno?

—A consideración mía, señor. Si es para salvar la vida de una persona, está justificado ingresar sin un permiso previo.

—¿Es este caso de esa manera? —Andréi intentaba ocultar la agresividad que se filtraba en su voz frente a la situación inaudita en que se encontraba, fallando estrepitosamente en el intento—. ¿Acaso hay una vida peligrando en este momento?

—Comprendo su confusión. Aún así, debo resolver una duda que me surge, ¿por qué tocó el timbre si no quería que alguien le abriera?

—Ya te lo dije, fue un error. Tenía sueño, olvidé que vivo solo y, de forma estúpida, toqué el timbre pensando que tendría a alguien que me recibiera.

—Entonces no fue un error, mi señor. Puede que no sea la persona que deseaba, pero sí soy alguien que está aquí para recibirlo.

—No te esperaba a ti, esperaba otra persona, cualquier persona, alguien —él sabía, al igual que el hombre del sombrero de copa, que mentía, no esperaba a "cualquier persona", esperaba a *esa persona*—. Nunca te esperé a ti.

—Bueno, señor. Perdone la intromisión que hice a su aposento, pero usted tocó el timbre y, por temas universales de lógica, alguien debía de abrirle. Nadie estaba en el departamento al momento de que usted tocara el timbre, así que cumplí la función de abrirle la puerta.

Andréi no sabía qué hacer para deshacerse del hombre formalísimo que le explicaba con razonamiento lógicos su espontánea aparición en el departamento. Finalmente había alguien que lo pudiera recibir tras la jornada noctámbula, alguien que le dijera bienvenido, pero por qué tenía que ser ese señor desconocido hasta este momento, aunque sus habladurías lo hacían más desconocido aún que antes de que profiriera palabra alguna. El sueño empezaba a volverle, llegando acompañado de una cefalea horrible que le giraría en ángulos extravagantes la forma en que veía al mundo; quería que el hombre con su sombrero de copa y sus etéreos ojos abandonarán la entrada de su mal llamado hogar.

La desesperación y la jaqueca le dieron la solución a su problema de cordialidad. Sin mediar una sola palabra con el hombre del mostacho colorín, cruzó nuevamente el portal del departamento, esta vez en dirección al pasillo negro que volvía a encenderse frente al movimiento del cuerpo abatido. Afuera, cerró la puerta del departamento sin levantar la cabeza que tenía clavada en el piso, por lo que no pudo ver cuando los ojos del hombre de sombrero de copa se asemejaban aún más al cielo con la acuosidad de un inminente llanto; cerró la puerta y volvió a colocarle el cerrojo. Esta vez, lo más lejos posible del timbre que el hombre dormido presionó por un error, utilizó la dupla de llaves que buscaba cuando el hombre misterioso le abrió la puerta y pudo ingresar al departamento vacío.

No había rastro del hombre formalísimo, solo restaba el aposento de Andréi, oscuro, vacío y congelado con el dolor del desasosiego.

Un único elemento sobresalía por sobre el hielo negro que rodeaba cada rincón del departamento: la ausencia de un traje de etiqueta negro combinado con una camisa pulcra y corbata igualmente negra, el cual cerraba su apariencia con un finísimo sombrero de copa.

Sara Garrido

Agua Sucia

En su planta siempre se sale a fumar a las 11 en punto, así que él baja a las 11:30. Creía que había perfeccionado la técnica de escabullirse lo suficientemente bien como para no ser cazado; mucho más tarde descubrió que sus compañeros conocían su retraso impostado perfectamente. Sin embargo, nadie hizo nunca ningún comentario al respecto. La humillación le cubría y arropaba. En la humillación mutua se sabía protegido.

…

Se encuentra a los pies del castillo de cristal de 20 plantas, donde te mareas al mirar por la ventana. Todas son acristaladas y brillan como cuchillas, un obrero colgado de un cable se encarga de lustrar su superficie semanalmente. Dentro ve a ejecutivos, bedeles, oficinistas, limpiadores, secretarias y becarios gesticulando y frunciendo el ceño, siempre ocupados con asuntos de suma importancia, y cuando no lo están lo fingen, van aprendiendo los unos de los otros. Reuniones eternas y cafés en vena, manos en movimiento, manos tecleando, manos obsesas y ojos escocidos por las pantallas. ¿Sobre qué hablan? Es difícil mantener la compostura durante 8 horas al día bajo los paneles LED. Requiere de técnica y

de entereza mental. Mucho *mindfulness* y la dosis exacta de reducción del espíritu, de abstracción de uno mismo. Casi se parece a meditar. De todas formas, uno se acostumbra a todo. El ser humano ha sobrevivido milenios por ser la especie con mayor capacidad de adaptación al medio. Y por ser la especie más terca, desde luego. Debe haber algo intrínsecamente autodestructivo en empeñarse en vivir en Siberia, o en trabajar en un rascacielos.

En el reflejo de los cristales del edificio, en la esquina superior derecha de la planta 12, se distingue un pedazo de verde. ¿Quién habrá dispuesto el campo ahí? Parece completamente artificial, un despropósito. Un par de universitarios cruzan la calle, absortos en la conversación. Su juventud y su inocencia son insultantes. Da una calada y arruga la boca al ver ceniza sobre el pantalón Calvin Klein. La emoción transmuta automáticamente en amargura. ¿Desde cuándo le importan esto? El traje le cae sobre los hombros como un disfraz al que no logra acostumbrarse tras una década de uso. Un vago recuerdo de Levi's desgastados, zapatillas con agujeros, pero ya hace tiempo de aquello, mírale ahora. No recuerda cuándo sucedió, si fue de golpe o poco a poco. Se dio cuenta al volver de aquel viaje de EEUU, era su 30 cumpleaños y no se reconocía en el espejo. Sabía que ese era su cuerpo porque acataba sus órdenes a la perfección pero no lograba comprender cómo su interior difería tano de su imagen externa, era para volverse loco.

El pelo rubio se ha oscurecido alcanzando un tono marrón opaco, con el que trata de cubrir sus orejas, que también siguen creciendo cada año, las muy cabronas. Su rostro se ha desinflado y surgen pliegues en lugares donde no deberían estar, no tan pronto. Se sabe prematuramente envejecido, así que trata de disimularlo lo mejor posible con una sonrisa blanqueada de y una higiene

personal que raya en lo obsesivo. Él sabe bien lo que vale una imagen, hay gente dispuesta a morir por una visión. No le tiene especial miedo a la cirugía, los tratamientos cada vez son más asépticos y populares. Al menos sus manos no han cambiado tanto desde la adolescencia. Su vanidad por ellas no es un secreto, son su orgullo dentro del desencanto de haberse convertido en un consultor. Tiene que empezar a trabajar la autocompasión pero aquí está tan cómodo…

Cuando gesticula en los baños de la oficina el espejo le devuelve la burla rebotada, teniendo siempre la última palabra. Ya no es un crío, ahora tiene que disimular el miedo y el asco, incluso ante sí mismo. Aquella dicotomía es necesaria. Se lo repite desde hace 10 años. Cambiaría el sistema desde dentro, él no lo asimilaría, él tenía fuerza de voluntad para hacerlo y, de repente, se le ha acabado la voluntad, se le ha echado el insomnio encima y se encuentra vistiendo con americana y pantalón de traje, se encuentra con que los punkis le miran por encima del hombro y los ejecutivos le sonríen. La juventud se le ha escurrido de los dedos, joder. No, yo no soy uno de vosotros — quiere decirles — os equivocáis, por dentro yo soy uno de *ellos*. Pero calla, por supuesto.

A su alrededor, en el pequeño espacio reservado para los fumadores, se alza el último reducto de calma en medio del abismo, el *networking*, el *tupper* frente al ordenador y las reuniones *after hours* que ya forman parte de la rutina de la consultora. Claro que trabaja 80 horas semanales, pero bueno, todos lo hacen y una también se acostumbra a esto, es lo que hay, al fin y al cabo es afortunado, tiene una casa en propiedad, él solo, y cada año se puede permitir holgadamente ir al extranjero en verano. Egipto, Tailandia, Costa Rica, colecciona los destinos como cromos, lo sube a redes sociales y recibe 200 *likes* con facilidad. Todo el mundo

mataría por su vida. No es capaz de acordarse de la última vez que se rió con su madre.

Es lunes. Las bicis de Glovo zumban por la plazoleta delante del edificio. Lógico, la tortilla del bar de enfrente ha empeorado muchísimo desde que los anteriores dueños se jubilaron y encima ha subido de precio. Es el mercado, hay que adaptarse o morir. Él, por su parte, debería empezar a plantearse seriamente su alimentación. Los sándwiches y las ensaladas envasadas constituyen el grueso de su dieta y no cree que pueda alargarlo hasta los cuarenta. La semana que viene empezará a comer sano, se suscribirá a una plataforma online de comida casera, están proliferando como setas y él no tiene tiempo para cocinar, ¿acaso es eso un crimen? Trabaja demasiado… Pero la semana que viene, que los cambios no pueden sobrevenir todos de golpe.

No hay mucha gente a esta hora, por eso es su favorita. Necesita un descanso para poder *pensar*. A veces siente que es lo único sobre lo que tiene el control total, que le pertenece. Un ama de casa empuja su carro de la compra por la acera de enfrente, el hombre de la limpieza friega la entrada del rascacielos a escasos metros de él, con movimientos circulares y precisos, hipnóticos. Está tan concentrado en la trayectoria de la fregona que no advierte el rostro del hombre, pero este sí se fija en el suyo, y pronuncia su nombre en un grito ahogado:

—¡David!

Del susto se le cae el cigarro al suelo y, ahora sí, alza la vista. Los rasgos del tipo son familiares pero no logra ubicarlos en un espacio temporal concreto de su vida. Se le antoja como un presentador de la tele cuyo programa solía ver en la infancia, es decir,

dolorosamente cercano y extraño al mismo tiempo. El sujeto lee su confusión al instante y aparca la fregona con media sonrisa.

—¿No te acuerdas de mí? David, viejo gandul, no me lo puedo creer.

Entonces sí, una sola palabra le transporta 15 años atrás, solo hay una persona que le llama por ese apodo, está frente a sus narices. Nota como los rasgos del hombre, escondidos bajo una barba, se van afinando, y sus ojos caídos, ojos azul cielo, se estiran hasta formar pliegues de risa, su frente se alisa y le vuelve a crecer el pelo rizado, ahora inexistente. Todo sucede de golpe y la imagen es tan dolorosa que se queda sin habla.

—Yo… ¡Jose! — balbucea, las manos sudando.

Su amigo de la universidad está escondido tras una máscara. Lo primero que piensa es que está viejo, tiene un aspecto horrible, ¿él también estará tan mustio? Y automáticamente se muere de vergüenza. Los años no pasan en balde pero este hombre aparenta por lo menos diez más.

—Venga hombre, ¡dame un abrazo!

Su efusividad y su alegría le desconciertan; acierta a incorporarse torpemente, dando un abrazo vacío a su antiguo amigo. El olor corporal le tira para atrás de forma instintiva, es penetrante y no está disimulado por ningún perfume. El sudor se puede percibir a un metro.

De repente, se encuentra con que no sabe cómo dirigirse a él. Le lleva ocurriendo desde que tiene uso de razón: de manera inconsciente categoriza a todas las personas a las que conoce, las

coloca en pequeños cubículos higienizados, perfectamente separados unos de otros, y se relaciona con ellos en diferentes términos en función de la cajita a la que pertenezcan. Esta división de las personas ocurre ya en la primera conversación que tiene con alguien. Hay cajones familiares, cajones laborales, cajones del colegio, la universidad, cajones para conocidos de vacaciones y cajones románticos. Debido a esta clasificación autoimpuesta, tanto juntar a personas de diferentes cajones como encontrarse a alguna de ellas fuera de su espacio de ordenación resultaban experiencias sumamente desagradables. Cartografiar a sus allegados de tal forma le había acarreado numerosos problemas a lo largo de su vida. Como cuando su exnovia venía a recogerle del trabajo y él se sentía sumamente avergonzado de presentarle a sus compañeros. Jamás supo trasmitirle que no se avergonzaba de ella, sino de sí mismo, de sus nulas capacidades sociales para lograr una combinación indolora de los diferentes cajones, una simbiosis perfecta a través de la conversación. ¿Qué decía eso de sí mismo? Otro caso, que se daba más a menudo, era encontrarse a gente de un cajón en contextos externos. Cuando se encontraba a profesores en el centro comercial, o a sus compañeros de trabajo en un ambiente lúdico, el bochorno era tal que prefería darse media vuelta, fingir que no les había visto, poner tierra y mar por medio. Aún a día de hoy no sabía cómo resolver su incapacidad de reaccionar ante la incongruencia.

—¿Qué tal estás, Jose? ¿Cuántos años han pasado desde que no nos vemos?

Joder, ¡por lo menos diez! Casi no te reconozco, ha sido por tu forma de fumar, lo haces igual que entonces — el hombre suelta una risa ronca y genuina, risa de montaña, mientras saca un paquete de tabaco de liar de su mono gris y se lo alcanza —.

Sírvete, que te he asustado y se te ha caído al suelo, ya lo siento, tío.

Se trata de un claro caso Nº 2. Esa persona no solo está fuera de lugar *temporal*, sino también de lugar *cronológico*. No le ha visto desde la universidad (¿aquello no fue en otra vida?) y su aspecto físico está tan deteriorado que se avergüenza de este reencuentro, siente que es algo que no debe estar sucediendo. ¡No tiene razón de ser! Se sorprende sintiendo una infinita pereza, que crece a pasos agigantados. A veces es mejor que las cosas no tengan continuidad, condenarlas al olvido. Aun así, coge el paquete y los filtros que le ofrece. ¿Qué tienen en común ahora? Ambos fuman como si estuvieran al borde del cadalso. Y entonces recuerda, y una nueva idea reemplaza a la anterior, y se van superponiendo como olas en un océano de infinita tristeza, de vivencias que no debían ser manchadas con la revisita del presente.

—¿Me recuerdas por mi forma de fumar? Venga ya. Yo sí que me acuerdo de cómo empezaste tú.

Fue en aquel piso de estudiantes compartido, viendo compulsivamente películas de la época dorada de Hollywood, Jose había aprendido a fumar imitando los gestos de Humphrey Bogart hasta sabérselos de memoria. La técnica era artificial pero daba el pego y llamaba mucho la atención, nadie fumaba así en aquella época. En cualquier caso, fumaba mucho mejor que él, sí, en esto también había grados de refinamiento, por supuesto, como todo en la vida.

Él, en cambio… nunca había llegado a fidelizarse a una marca de tabaco. Recuerda ir cambiando de marcas, olores y tamaños sin apegarse a nada, hasta hoy. De eso se trataba, de no apegarse a nada para no perderlo, ¿no? Incluso empezó a darles puntuaciones. Se

fumaba dos en clase y uno de ellos lo guardaba en la bolsita mágica, transparente, aséptica. De ahí, directo al bolsillo. Una vez en casa, lo aplastaba entre dos tomos de la Enciclopedia Espasa, pegaba lo que quedaba de él en su cuaderno con celo y escribía una puntuación. Naturalmente, durante todo el proceso necesitaba estar solo. A veces se descubría espiándose a sí mismo, se veía desde un punto ligeramente superior a la coronilla y experimentaba sus propios pensamientos como los de un extraño. Dios, de crío jamás podría haberse imaginado que llegaría a vivir así. Sin duda, el ridículo era la emoción que más experimentaba por aquel entonces, pero también ahora. Eso, y el tedio. El tedio es universal.

Vuelve al mundo terrenal como absorbido por una aspiradora, dejando atrás pensamientos helicoidales.

—¿Y te acuerdas de mis manías? Todavía las tengo. Los largos tardan en consumirse, ni siquiera ahora les daría más de un 7.

Jose se ríe, esta vez con una risa cansada que duele en las muelas, una risa que David no reconoce y no esperaba oír.

No le da tiempo a reflexionar sobre ello porque ya son las 12 y tiene que despedirse rápido y mal, apretando los dientes. Mientras sube al ascensor ve a Jose fregando de nuevo, chofchofchof, el cigarro había naufragado en un cubo de agua sucia. Llevaba meses sin tener una conversación real fuera de su círculo laboral y del *small talk* en el supermercado. Tenemos oferta de detergentes, no se lo pierda. Gracias, no era eso, yo solo quería decirle que me siento muy solo desde que — Disculpe, señor, creo que se está usted equivocando, eso es en la acera de enfrente. La psicóloga le escucha por 60€ la hora pero a mí no me pagan para eso… ¿Siguiente?

Fantasea a menudo, cada vez más que antes. ¿Estará perdiendo facultades? ¡No! No te puedes parar a pensar, David, ¡espabila! Ya va a empezar la reunión sobre la justificación de la subvención del último proyecto, donde se incluye un análisis exhaustivo sobre el estado del arte del ecosistema financiero, ¡donde tú te encargas precisamente de la introducción!

Mi trabajo es bochornosamente sencillo, piensa, no le hace falta un título universitario y un máster para ejercerlo, únicamente un alto grado de observación y de memoria: comprender qué es lo que la gente quiere escuchar y decírselo en un lenguaje que les masturbe los oídos. Ni siquiera hace falta ser excepcionalmente listo, solo hay que conocer las reglas del juego y estar dispuesto a acatarlas. Soportar bien la desidia. Eso es lo más difícil.

Durante la reunión su cabeza da vueltas, no se concentra. Está lejos de la oficina, unos cuantos años atrás, en una discoteca de mala muerte que se puso de moda, y en la cafetería de la universidad, con los azulejos de ajedrez, saltándose clases, en los callejones del casco antiguo de la ciudad bebiendo como cosacos y en un Ford Fiesta rojo que había heredado de su padre, rumbo a Valencia. Los recuerdos se van desplegando y sigue pensando en Jose hasta la hora de acostarse.

La despedida helada, el olor, los callos que ha visto en las manos de Jose, esas manos que sujetaban los apuntes de Derecho Financiero con rabia y posteriormente los de Epistemología con gloria, como si en ellas estuviese contenido un secreto inefable. Es cierto, en aquella época empezó a odiarle con una fuerza desmesurada; el problema es que ambos sabían de dónde surgía esa rabia y ninguno de los dos estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. La hostilidad, los trapos sucios, David y Goliat, David y Jose,

cuántas amistades se truncan por la envidia. Jose siempre lo tuvo todo, es decir, todo lo que no se podía comprar, lo que venía dado al principio. Le habían repartido bien las cartas, a ese cabrón. Era ingenioso e inteligente, sabía cómo reírse de sí mismo y meterte en el ajo, además tenía cultura sin resultar pedante, nunca le interesaron los eruditos ni la Academia, él quería estar en la calle, ver mundo, conocer la filosofía de la gente y los bares, como solía decir a los 19. Hasta los tópicos sonaban bien en su boca, tal vez por eso se torció todo tan rápido para él. Confiaba demasiado en su suerte. No se podía nadar siempre contracorriente, decía su padre. David se juntaba con Jose para aprender de él, para ver si se le pegaba algo.

Ahora Jose limpia el piso en el que trabaja y, de nuevo, el nudo en la garganta es para David, tierra trágame, le incomoda saberse menos inteligente, más inepto para la conversación, vergüenza al soportar su mirada, vergüenza de su sueldo y culpable por el destino de su amigo, que estuvo tan ligado al suyo.

Mil veces le dijo que era un loco, que estaba equivocado, que qué hostias iba a hacer cuando terminase la carrera de Filosofía, que debía quedarse con él en Derecho. Naturalmente, no lo decía con buenas intenciones, no porque le preocupase de verdad, sino porque era incapaz de soportar que Jose tuviese el valor de hacer lo que él tanto ansiaba. Jose siempre se atrevía, siempre por delante. Era inevitable, por mucho que David se esforzase Jose siempre iba a ser la persona que se llevaba la atención al entrar en los garitos. Sabía qué decir, cuándo y cómo, y si no le gustaba lo que veía simplemente se piraba, sin rodeos, y soltaba un "¡nos abrimos!" que daba la fiesta por terminada. Bendita elocuencia. No se conformaba con este mundo, estaba constantemente en busca de otro, siempre más y más y más.

La bronca en el descansillo. El bofetón, la escalera. El maletín de Jose volando, sus libros por los aires a cámara lenta. Aquella vez David se atrevió. Su mirada de mil demonios, no te quiero volver a ver en la vida. Ahí te pudras. Todo lo demás pasó demasiado deprisa, la realidad se aceleraba por momentos. La mudanza a Londres por el máster, las fiestas, las chicas, aquel bufete de abogados, hizo contactos, todo ello mientras se sentía un kamikaze a punto de estrellarse contra un muro de cemento. Luego la consultora, el traslado de vuelta, consiguió el puesto soñado por tantos gracias a su perfil de LinkedIn, *Supply Chain Logistics Senior Consultant*, puestos encriptados en inglés con el mayor número posible de palabras. Cumplió sus responsabilidades, le fueron dadas otras, las acató con religiosidad, le dieron una montaña, y en todo ese tiempo no dejó de sentirse un impostor.

No se ha dado cuenta de lo mucho que añora otra forma de vivir, de estar en el mundo, hasta que ha vuelto a ver a Jose. La rutina se lo ha ido comiendo todo y solo ahora le cae como un jarro de agua fría la existencia de realidades paralelas a la suya, al alcance de la mano. Es demasiado, la nostalgia pica por dentro.

…

Esa semana siguen viéndose en el descanso, acercándose poco a poco, tímidos, como dos extraños, sabiendo que las personas que habían sido amigos dejaron de existir hace tiempo, que deben aprender nuevos códigos en los que comunicarse, los anteriores no valen, o tal vez sí, tal vez lo único que tienen que recordar es cómo volver a hablarse como dos veinteañeros de nuevo, lo cual es ciertamente más difícil cuando uno ha echado su juventud a perder.

De esta manera va descubriendo al Jose actual, que sigue conservando su sentido del humor, aunque cierta amargura se ha incorporado en la cadencia de sus frases y todo adquiere un significado agridulce. Jose se ríe de sus pantalones, que dejan ver los tobillos al aire en un último intento de demostrar que no es un carca, que sabe lo que se lleva entre los chavales, desconoce que los zapatos sin calcetines han dejado de estar de moda allá por 2013, ahora no hacen más que hundirle irremediablemente en el grupo social de los *millennials*. Se lo dice con una sonrisa en la cara, y es imposible enfadarse con Jose cuando se pone a dar explicaciones.

Naturalmente, el Grado de Filosofía resultó un chasco, lo dejó en segundo, pero para entonces ya se habían perdido la pista el uno al otro y no tenían el más mínimo deseo de encontrarse. Los trabajos precarios fueron encadenándose uno tras otro, le permitían subsistir y seguir estudiando por las tardes, pero esta vez fuera de la Academia, sin ínfulas ni pretensiones, a su aire. No tiene grandes aspiraciones laborales, tan solo desea una existencia tranquila. A su mujer le tocó la lotería hace un par de años – ¡se había casado! – y tienen el piso y el coche totalmente pagados, incluso les ha sobrado, pero esto se lo cuenta en secreto, no vaya a ser… ¡Están esperando una niña! Sí, su mujer es estupenda, se conocieron en la Facultad, era profesora allí, se sacó el doctorado y había tenido que estar cubriendo bajas pero ahora por fin ha conseguido sacarse una plaza. Francamente, se considera un tío con suerte. Cómo le jodía a David verle tan feliz, tan en paz. Se sentía imbécil por haber seguido el camino convencional del éxito, le hacía sentir que había perseguido unos objetivos erróneos, que todo aquel esfuerzo no había conducido a nada valioso, que tendría que haber sido más listo, más espabilado. Notaba el abismo ensanchándose en las tripas.

—Y, ¿qué me dices de ti? ¡Te veo bien! —los ojos son de un azul imposible, como las ceras con las que solía dibujar de pequeño, azul que invita a las confidencias. No obstante, miente.

—¡Me va bien! —Ha sido demasiado impetuoso, joder, ahora todo sonará falso y hueco, precisamente lo que es, y nota cómo la vergüenza y la rabia se van apoderando de su cuerpo a partes iguales —. Me va bien, sí, bueno, tengo un buen trabajo…

Joder, qué inoportuno. De la mirada de Jose uno no se puede escapar, se le había olvidado este sentimiento que tenía constantemente al estar a su lado y que había terminado por reventarlo todo. Podía engañar a sus jefes y a su madre pero no a Jose y por eso al final había acabado rehuyendo su compañía. Se sentía cohibido y juzgado, como una alimaña, peor en todos los aspectos, jamás iba a estar a su altura. No tenía tantas fuerzas para nadar contracorriente, ¿acaso era tan malo rendirse? Pero mírales ahora, Jose aún lograba que su traje Calvin Klein resultase obsceno, conseguía que su trabajo le avergonzase y el nudo en la garganta seguía creciendo… Todo el autoengaño que llevaba sobre las espaldas caía al suelo de golpe, los mantras autocompasivos que se repetía en la ducha al empezar el día se volvían absurdos, otro producto manufacturado. Jose no te dejaba escaquearte, quería que te esforzaras por ser honesto contigo mismo, por llevar una vida lo más sincera posible. Habían discutido constantemente por esto, en privado y en público, a veces a voz en grito por la calle, incluso teniendo que ser separados por varios compañeros.

Pero esta vez Jose solo da una bocanada más a su cigarrillo. Vuelve al despacho rápido, a su vida prefabricada. Cada conversación con Jose le deja exhausto. Los gestos están llenos de significados, nada es en vano. Tiene que ser agotador vivir acorde a

los principios de uno. Bueno, quizá no más agotador que perpetuar la farsa.

…

El viernes siempre llega como una patada en la entrepierna. Es el día favorito de sus compañeros, que pavonean su sonrisilla por toda la oficina desde las 8 de la mañana. Imbéciles. A él le quedan pocas fuerzas para disfrutar de los fines de semana, aquello tan solo es una prolongación del resto de la semana laboral. Puede dormir 8h en vez de 5, pero el curro se lo lleva a casa igualmente. Esta es otra de las cosas que no recuerda en qué momento sucedió, de nuevo, no es consciente de haberlo elegido por voluntad propia. Pero así son las cosas ahora, miserables y pesadas, y hay que cargar con ellas. Hay trabajos peores, ¿no?

Este viernes es especialmente malo. Es enero, final de mes, no ha tenido tiempo de tomar café y un enano con tambor retumba en su cabeza cada 2 minutos, reclamando atención. Los informes se van acumulando y no consigue sacarlos adelante, las llamadas le interrumpen cada vez que trata de concentrarse, el ambiente se va haciendo más y más denso a medida que la concentración de oxígeno disminuye entre esas paredes, hay una normativa anti-suicidios que prohíbe abrir ventanas, y la camisa se va pegando a su piel y se siente asfixiado en ella, bañado en sudor a pesar del desodorante, el pelo le cae sobre las cejas, ya va siendo hora de hacerse un corte.

Cuando Raúl e Ignacio le proponen bajar a tomar un café no lo duda, tal es la urgencia, así que tarda en percatarse de que son las 11:00h y pronto estarán bajando todos, dando voces, contribuyendo a su dolor de cabeza con un goteo de decibelios. Las

manos le tiemblan en el ascensor mientras Raúl cuenta un chiste ligeramente misógino, sintiéndose amparado por el compañerismo de ser hombre y consultor, sentirse intocable, salirse siempre con la suya. Ignacio se ríe, rebuzna por aquella boca llena de dientes que David ha pensado en partirle tantas veces. Son dientes blanqueados, dientes caros, qué bien sonaría mi puño contra el marfil. Pero entonces llegan a la planta baja, alabados sean Dios, la revolución industrial y todas sus consecuencias que han logrado catapultarnos a piso por segundo para limitar la interacción humana en estos aparatos infernales.

Los dos imbéciles siguen riéndose y hablando a voz en grito, directos a la máquina de café, café en vena, café esnifado, babeado y escupido. Están hablando de sus siguientes vacaciones en Bali y casi tumban a un repartidor de paquetería, tienen 30 años y no se les pone nada por delante, ni siquiera le han visto, es una sombra. El café aguado calma sus nervios parcialmente, necesitan un cigarro. David, danos uno de los tuyos, que me he dejado la caja arriba pero, ¿qué es esto? ¿Desde cuándo fumas Marlboro Gold? Estás hecho un chaval, y se ríen, llenan la sala de esas horribles carcajadas hasta que deja de oírse a sí mismo.

Raúl, rechoncho y bonachón, las costuras de su camisa delatan que llevaba un modo de vida digno de monarca europeo, de cena de empresa en cena de empresa y tiro porque me toca. Los viajes de trabajo son para él el no-va-más, sin los hijos y la parienta, bendita libertad en el extranjero para poder disfrutar un poco. Después de todo él se lo ha ganado, cojones. A su lado Ignacio, satélite que orbita alrededor de Raúl riéndole todos los chistes, claro, es el *manager*, si le cae bien y si mete más horas extra le ascenderá el año que viene seguro, está casi hecho. Su risa es tan histriónica que casi parece de verdad. El sistema planetario que forman los dos juntos

es pesado, muy pesado, cualquier cuerpo celeste que pase cerca será engullido por exceso de gravedad, no podrá escapar a su atmósfera empresarial. Este es su mundo y en él están cómodos, ¿acaso hay algo más ahí fuera en todo el universo?

La galaxia avanza peligrosamente hacia el exterior, cruza las puertas automáticas del edificio, continúa por el descansillo, ya en la calle, y se dirige sin pausa hacia la zona de fumadores, tan rápido que se chocan con Jose, joder, mira por dónde vas. El paquete de tabaco cae al suelo, abriéndose y desparramando todo su contenido por los charcos, por el agua del cielo y el agua sucia de la fregona, todo se ha esparcido, es el mismo agua al fin y al cabo pero no tiene el mismo valor, hay parte de ella que está contaminada y en unos pocos segundos toda ella lo estará al mezclarse, no hay escapatoria.

David ve como el accidente interestelar ocurre en una décima de segundo, ni siquiera ha tenido tiempo de advertirles, iba encendiendo su cigarro con la vista fija al suelo y cuando la levanta se encuentra con dos faros azules clavándose en su cráneo. Joder, los ojos de Jose de nuevo, están a la espera de que intervenga, de que diga algo ocurrente que encauce la situación. Él le conoce, puede defenderle ante sus compañeros de trabajo, un chiste tonto valdría, cualquier cosa para calmar los ánimos, para parar este clasismo que le empieza a atravesar la garganta. Ahora es un buen momento para decir algo. Hable ahora o calle para siempre. ¿No vas a hablar? ¿Después de tantos años? ¿Serás capaz de no decir nada?

Vaya desastre, ya puedes ir espabilando en la vida – despotrica Raúl, arrugando la nariz ante sus cigarros flotantes.

Ignacio le ofrece uno de su propia cosecha y siguen andando a la zona de fumadores, pasando por el medio del charco,

sus náuticos enfangados en basura, pisotean todo el suelo y lo esparcen pero no se dan cuenta, sus ideas se elevan por encima del mundo material y de la mierda.

—¿Qué pasa, David? ¿Te quedas ahí como un pasmarote?

Entonces se da la epifanía, nunca hubo una elección posible para él, ya sabía qué iba a hacer desde el principio. Todas estas idas y venidas mentales desde su juventud eran castillos de aire, él nunca tuvo agallas para elegir, decidirse es para los que son capaces de aguantar en la cuerda floja y él se marea al mirar desde un quinto. Se refugia de nuevo bajo la humillación y la vergüenza, ya conocidas, ya exploradas hasta la saciedad, son suyas. A la mierda los ojos azules y a la mierda el pasado, no hay posibilidad de mejorar.

Tira la colilla directamente al cubo de la fregona de Jose y se une a los demás.

Sandrine Ortega

Atropello

Confirmo que me está siguiendo en cuanto giro la esquina. En las calles anteriores, mis dudas se paliaban con las risas y los gritos, con el vaivén de la gente del bar a la terraza y de la terraza al bar con cigarrillos en las manos y altavoces en las gargantas, pero, al doblar la esquina, su persecución se instaura en mi pecho como una verdad indiscutible. Una verdad aterradora.

> Siento la urgencia. Tengo que correr hasta el portal, pero no puedo hacerlo de manera obvia. Si él se da cuenta, me digo, podría acelerar también su paso y eso me convertiría en una presa fácil: una cebra con piernas finas y torpes en las garras de un león. No acelero yo, sino que lo hace mi corazón: empieza a latir con un impulso propio de dibujo animado, cuando el ideograma de un corazón se catapulta desde el tórax del protagonista y son los límites de la piel los que reclaman su regreso. Mi atemorizada respiración me empaña las gafas. Si me alcanza, no podré verle la cara. No podré describir sus facciones para un retrato robot.

Pauso la música, pero no me quito los auriculares. Quiero camuflarme. Que no sepa que me he dado cuenta. Que no huela mi desesperación. Será que me ve enferma o vieja. Dicen que los leones cazan antes a las cebras débiles que a las fuertes. Será que soy débil. Será que soy fea. Será que los violadores cazan antes a las acomplejadas como yo que a las seguras.

Agarro con fuerza mi bolso, con ambas manos, en un instinto de supervivencia: como si agarrando con fuerza mis cosas pudiera aferrarme a mi integridad. Como si ese saco lleno de trastos fuera un salvavidas en un mar bravo, como si pudiera mantenerme a flote. Deslizo la mano derecha dentro del bolso con una suavidad quirúrgica y aprovecho el sutil giro de cabeza para mirar hacia atrás por el hueco de la axila. Quiero ver por lo menos un detalle. "Llevaba zapatillas blancas y rojas" o "tenía el bajo del pantalón vaquero deshilachado" diré, si tengo suerte.

Saco las llaves del bolso y las muevo cual campanilla de recepción de hotel por si el tintineo pudiera servir de alarma. Pero no sirve. Coloco entonces las llaves una por una entre mis dedos como un puño americano, como bien nos han enseñado a hacer a nosotras: a cerrar los puños, a ponernos los pinchos, a estar siempre a la defensiva. Aunque también nos han enseñado a ser ágiles y multitarea, a tener siempre abierta una pestaña de más, una ventana en modo incógnito, así que aprovecho y además pongo en práctica lo poco que sé de marcha atlética. Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro. Noto todo el movimiento de mi pie contra el suelo. Lo acaricia como una mecedora: del talón a la punta, del talón a la punta.

¿No sería mejor gritar? Pero no lo hago y, con escasa reflexión previa y de manera casi inconsciente, opto por la vía silenciosa. Empiezo a sudar. La leve borrachera que tengo desde el concierto al que he ido con mis amigas desaparece de golpe. A quién se le ocurre volver a casa sola a estas horas. Volver a casa: mientras que para unos significa Navidad o vacaciones, para otras significa náuseas y un nudo en la garganta. Esta marcha afectada, este puño cerrado.

Corre, venga. Corre. Las mecedoras que tengo por pies me acompañan y corro hasta que puedo ver mi portal a lo lejos. Con unos metros de distancia a mi favor y sin dejar de marchar, me arrimo a la fila de coches aparcados y miro en el espejo retrovisor del siguiente. Veo su sombra. Porque es sólo una sombra: podría ser cualquiera.

No está tan cerca, pero instantáneamente recuerdo la advertencia: "Los objetos en el espejo están más cerca de lo que aparentan". Cerca o demasiado cerca. No llego. No me da tiempo a parar. No me da tiempo a abrir el portal. Si paro, me pilla. Si abro la puerta, entra conmigo.

Vuelvo a mirar hacia los coches aparcados y diviso un hueco más grande de lo normal entre dos de ellos. Hago un giro brusco y me

escurro por el agujero. Me vuelvo líquida. Me vuelvo agua. Soy el agua que necesito beber ahora mismo.

Cambio de acera cruzando sin mirar hacia ambos lados. Antes atropellada que violada. Pero tengo suerte y no pasa un solo coche por la calle. Llego al otro lado, pero al subir el bordillo mi pie derecho tropieza con el borde y me caigo de cara.

Mi boca está fría. Me levanto y detengo la sangre que sale de mi labio con los dedos. Miro hacia el otro lado de la calle: no hay nadie. Se ha ido.

Pero al llegar a casa y meterme en la cama, una sombra aparece sobre el colchón. Doy la luz y lo confirmo esta vez sin ruidos, sin latidos, sin sangre: no le veo, pero sé que me ha alcanzado.

Judit Tirado

Domésticos

Tiempo atrás, te habrías alegrado de llegar a casa. Habrías sacado el manojo del bolsillo, presidido por el llavero que Carlitos te pintó con témperas y habrías reconocido al tacto la llave recortada con la que atravesarías el portal.

Clic primero. Cansado, habrías subido los sesenta y cinco escalones que te llevarían hasta tu casa. Bloque 5, 4º B; hipoteca primeriza con el aval de tus padres. Habrías olido el guiso de Maite, recién apartado del fuego. Clic segundo.

—¡Ya he llegado! —Rechinaría la puerta.

Ella te habría saludado desde el patio o desde el lavadero; te habría dicho que pusieses la mesa, que empezases a comer… Pero ahora no te alegras de llegar. Te cuesta dar con el llavero y te apoyas en la baranda para escuchar, amargamente, la rutina feliz de los vecinos. El mono del trabajo apesta a sudor y la caja de herramientas pesa como un muerto. Subes las escaleras y, peldaño a peldaño, sientes cómo se te escapa el ánimo. Ningún guiso te espera y ella ni te habla.

Setenta y cinco peldaños después, llegas. Dejas la caja en el suelo, te descalzas y caminas hacia la cocina. Miras la vitrocerámica y nada se está cocinando. Algún día, piensas, te cansarás de toda esa mierda; te liarás la manta a la cabeza y te irás a tomar por culo. Algún día, piensas. Algún día…

Suspiras. Abres la despensa, primero, y sacas pan de molde. Abres el frigorífico, después, y sacas el embutido con el que haces dos sándwiches que llevas al salón.

Últimamente, casi ni te atreves a rozarla. Un beso, si acaso, paternal y distante… Maite se ha descuidado. Por las mañanas, apenas atina a peinarse y acostumbra a meterse en la cama con el chándal que usabas para trabajar. Fuertemente anudado al vientre, le baila sin remedio. Ha perdido peso, recuperando la silueta juvenil de cuando os conocisteis.

Menos pecho, menos verbo. A veces, piensas que la voz se le fue con la pérdida de apetito. Sentada en el sofá, dobla a desgana la ropa limpia. Rara vez hace algo y, cuando se decide, el gesto la delata en su afán de ensayada concentración.

—Esto no va bien—. Y retuerce unos calcetines.

Tú la miras, apenado, intentando evitar la batalla. Ella ignora el agravio, deposita toda la atención en estirar la ropa.

—Anda, vamos a comer —le dices, apartando el cesto de la ropa hacia un lado para sentarte junto a ella.

Maite no reacciona, no responde. Permanece con la vista fija en un sujetador y, tras unos segundos, rompe a llorar, ruidosamente.

Aunque emocionado, tú no lloras. Te contienes y la abrazas. Pobre mujer, piensas. Putos médicos, puto calvario.

Al cabo de unos minutos, ella se tranquiliza. Le ofreces uno de los sándwiches y tú coges el otro, aunque no lo muerdes.

—Qué difícil es, Maite… —le dices. Y le das un beso, paternal y distante, como le dabas al chaval.

POESÍA

Sergio Altorre

Toda esta luz

A Carlos G. Manrique, amigo feliz y verdadero poeta.

Toda esta luz,
toda verdad.
Así nombramos esta raíz,
esta palabra hueca.
Así es la espina que habita en el canto de la flor caída.
Una lengua,
un sabor,
un grito no nacido.
Si la sangre no inunda, desvela.
Todo fondo que nunca fue cielo
es residuo de esa luz
que nunca supimos nombrar.

La Espera

Espero,
como espera la tierra
la lluvia que no llega.
Como la lengua la palabra
que no existe.
Un rostro,
una caricia,
el fin del vacío.
Sé que hay algo aquí,
un latido hundido en la piedra.
Espero,
como si buscar fuera
la espera misma,
como si nunca llegara
porque siempre ha estado.

Henri Berger Martín

La casita en el árbol

La vida es acuciante, por aquí, y el alma atroz.
La masa indiferente va sin nombre y sin rumbo,
El ser vil y servil aquí compite
En remar bajo el látigo social esclavista;

No se escucha el latir entre dos corazones
Por estas sucias calles, que habita el indiscreto,
Y en tanto gris devorador del campo
Para nuestros amores no hay espacio que baste.

Vayámonos afuera de este mundo de ruido,
Deja atrás su soberbia, y su gente viciosa;
Ven, lejos de las aplastantes villas
Donde el Hombre pasea soledades plurales.

Escaparemos juntos de su aguijón angustiante:
Ignorados senderos, postrándose a tus pasos,
Nos guiarán hacia tierras de promesas,
Nuestro anhelo a la espalda y en la mano una flor.

De lo alto de un otero se ve la inmensidad;
La montaña señera, el solitario páramo
O los valles profundos son amables,
Como amable será nuestro andar en la arena;

Me gusta el olivar, que es humilde y sincero,
En él cobijaremos nuestras pobres pasiones
Y los bosques serán para nosotros
Palacios con columnas esculpidas por mil.

Cada día naciente, nos hallará la aurora
Hollando frescas lágrimas que vertió sobre el pasto,
Ocasos se ofrecerán a tus ojos
Como cuadros vivientes del gran lienzo de un dios,

La fauna vesperal cantará serenatas
Y en la noche, sin luces para incendiar el cielo,
¿Para qué ansiar fuegos artificiales?
Yo prefiero contigo ver rielar las estrellas.

Iremos, si así quieres, hacia aquellos parajes
Donde pingües pingüinos peregrinan en fila,
Donde, risueños pajes, unos niños
Correrán a enseñarnos las jirafas gentiles;

Y si tus piernas lisas al andar se fatigan
Un arrollo en penumbra nos acogerá, manso,
Y yaceremos; y en sus aguas frescas
Reirás viendo los peces besar tus pies de santa.

Otros puros países lejanamente esperan
La venida de su ídolo, que entreverán en ti,

La existencia a dos se hará más ligera
Y más bella la tierra por que tú la habites.

Así, como la vida –mi amada, lo prometo–
Pasaremos, rehuyendo nuestras temibles sombras,
Ajenos al rapaz que me atormenta:
Esta urbe, donde antaño perdí mis esperanzas.

Yo creí ver en ella la vasta muchedumbre
Que convida al extraño a un abrazo recíproco,
Donde el otro se entrega, leal, al otro;
Yo creí que podría fundirme en los demás.

Pero este otro, mi prójimo, defraudó mi confianza;
Y lloré luego al ver en este enjambre falso
Cómo anida el común desdén en todos
Y qué lejanos son los seres que están cerca…

Y murmuré en mí mismo: «Aquí tan sólo encuentro
Corazones cual pozos, brazos acanallados,
Ojos que evitan mirar otros ojos;
Si todo me rechaza, ¡seré mi propio exilio!»

Desde entonces desprecio la ciudad gigantesca,
Y su engranaje hostil, y su asfalto, y su vidrio,
A sus humanos les prefiero el perro
Que nos va coleando su cariño y su gozo

Y busco en el amor ese oasis de paz,
Sentimientos sublimes de amantes como fuertes
Que se acechan queriendo ser tomados,
Olas que no se sacian de beberse a sí mismas.

Por esto, tú, que me amas y conoces mi pena,
No me dejes vagar en este laberinto:
Préstame el hilo suave de tu mano
Para salir del dédalo donde están mis demonios,

Y comparte conmigo tu dolor y alegría,
Ya que sufres igual y es mi espejo tu cara,
Vamos: sólo abandonando Babel
Hablaremos la lengua secreta del afecto.

Sé de un lugar aislado en la cima de un monte
Que nos espera, esposa, desde el confín del tiempo;
En él una cabaña de madera
Servirá de retiro para nuestro amargo éxodo:

Su techo no es muy alto; tiene estufa y esencias;
Allí un jardín me hará cultivar tu ternura;
Poblaremos la vivienda de instantes,
Los muros tapizados con dulces remembranzas,

Y, mi amada, tendremos una cama ancha para
Hacer de nuestras sábanas un revuelto sudario
Donde yacer unidos para siempre
E insuflarte mis besos en que exhalo mi vida.

Eso haremos, hablándonos en suspiros felices
En las quietas veladas, cuando asoma el misterio,
Soñando, pobres pero afortunados,
Sin otra posesión que tu cara querida.

¡He aquí la ciudadela que en mi afán te construyo
Para creer de nuevo, fiarme de otros ojos!

–Sólo falta a mi lado tu presencia
Que cure en su caricia las heridas de mi alma.

Hace ya mucho tiempo, mi amor, que te requiero:
Tras tanta soledad de innombrables tristezas
Verás qué dicha nos aguarda juntos,
Amor mío, amor, cuando por fin te encuentre…

Inés Belmonte Amorós

I'm coming to Paris to kill you

Si has venido a matarlo

Si has venido tú a matarlo

deja que sea yo quien agarre tu puño de plata

deja que sea yo quien sostenga tu muñeca palpitante

y orientemos juntas el golpe

y orientemos juntas el sentido

de la justicia más vulgar y radiante.

Deja que nuestras costillas vibren juntas, se rompan del mismo modo

con el mismo, exacto

sonido fúnebre

(y quizás la muerte sea una linda máscara que ríe)

Lucía Blasco Martín

Utiliza tus brazos de cesto y trae fruta en abundancia.

Dale color a esta villa.

Yo no puedo hacer nada.

Escúchame, solo quiero pedirte un favor:

en lo alto de esa sierra hay una morera

allá, arriba, hay un vergel

de frambuesas

y limones.

Escúchame.

Imaginé

el campo de trigo abrirse

mi corazón abierto entero

todo abrazando la infinitud.

Y me sentí plena.

Pero no es cierto aquello

solo mera invención.

En lo alto de la sierra hay unas moras

que mis manos no alcanzan.

Te pido el favor a ti que pareces

externo

ajeno

a este secarral.

[Ahora, aquí] todo es desierto.

Dame de comer de esas frambuesas

dame tan solo un mordisco

una pizca

algo que me haga sentir la lengua otra vez.

Dame de comer,

tráeme agua;

siéntate conmigo a admirar
la sequía.

Veo la luz caer en las tardes
mientras mi tierra se oscurece.
Un sol abrasador que se disipa
y los limones brillando en la colina.
A lo lejos, mis anhelos son frutos
que ya no puedo recoger.

Acércate, ve allí donde te digo
roza la frescura y
cuéntame cómo era sentir la humedad
y el capricho.
Allá en la sierra
en la romería
algo de mí quedó en los árboles
y desvaneció.

Solo este favor te pido.
[Ahora, aquí] todo es desierto.

Sandra Bruno

27 DE ENERO

Liberación de Auschwitz

Hay fechas marcadas a fuego
con el dolor del hambre atizando
los recuerdos, viejas estampas
que no envejecen, miserablemente
colgadas de un horror eterno.

Acaso infinita es la ausencia
de una mano acariciando las penas,
acaso tan efímero es el golpe certero
sobre un cuerpo cubierto de cenizas.

Los huesos de las aves crujen

bajo la nieve donde brotan las amapolas,

como crujen los pasos nuestros

al pisar una Historia falta de primavera

donde los árboles crecen sin ramas.

Hasta los árboles huían, sin saberlo,

de sus raíces sin tierra.

Jaime Calaforra Arranz

Un poeta vaga por una aldea cubierta por la niebla y es visto por un grupo de viandantes

En la aldea de piedra y solitaria
tal bruma espesa ([**sediriael**] [**mismoenigma**]) ha del Éter descendido
que ha tornado lumbre que antes era abrigo
noche y nicho del ave temporaria.
Y, así,
entre nieblas, temblante Orfeo, arpeas,
tu íntimo oficio rasga el aire.
¡Cesa!
Atiende al Mundo.
Abate el alada arpa
caro hado, aquel que aquello bello y radiante antes —canto claro
hurtó o tornó nocturno.
Dices:
"Tras estos vapores recordáis vuestra Tierra,
aún presente pensáis sus cuerpos.
Mas un cuerpo es
al menos dos almas; son
tantas como mentes lo piensan,
tantas como carnes lo viven.

Sí, otra verdad o pasado hubo,
no vuestro parecer, y ahora hay
aquí otra tierra, presenciadla; ajenos vapores
ya idos, ved mi espíritu:

Vedlo. ¿No lo veis? En esta pared están, labrados, fragmentos de la Poética de Ererás, magna parte de la obra ererítica que configuró el pensar de un pueblo a través de los siglos, desde la primera escolástica de los Pontífices Máximos —Primeros Absolutos Espíritus del Pueblo; al principio Ererás reinando el mundo desde el Tecnotrono y al final Petrxnxs rendido ante Critias, bucéfalo asterión— hasta ¿?, figura del Resurgimiento, bajo el mecenazgo de los Motores, recopilando y comentando los restos que en los Teatros Oníricos quedaban de la Poética, la Filosófica y la Histórica; o de las obras de P5E(U)Dº y otros Doctores de la Nueva Iglesia, puente entre los mundos: [1] [2] [3] [4]

Poet. ∅1, o1: ¿No somos todos nosotros sobre la arena distintas huellas de un primer caminante?

---

[1] ¿Qué hace el loco este delante de la iglesia? Supongo que querrá ganarse el nombre de poeta. Pero desde Shin-Leqi-Unninni hasta Faet, ¿qué queda que no se haya dicho, y dicho de mejor manera?

[2] MacHugh, a usted le es muy fácil decir todo esto. Respóndame, entonces, ¿culparía al eco de repetir la voz?

[3] Díselo claro, que se la pasa sentenciando muchas cosas. ¿Que no recuerda lo que nos decía, MacHugh? "El principio ético no es ser un humano perfecto, sino ser perfectamente humano" y que el principio moral es "como los demás, yo; como yo, los demás". O eso de "entiende, comprende, perdona". ¿Qué pasa, ya no aplica todo eso? Me parece que el maestro se ha dejado llevar.

[4] Recuerda que lo que yo dije fue: "Entiende, comprende, perdona, mas no amnistíes".

Poet. ∅1, o2: Frente al espejo, cada día, dicho,
nuevo es mi mismo nombre.
Multitudes guarda un solo rostro.
¿Cómo, entonces, traidor reflejo, me otorgas solo uno?

Poet. ∅1, o3: Por el día, la noche nace,
y por su muerte nace el sol.
¿Con qué poder ignoráis del Ser la Nada,
y negáis al cansado mundo una noche,
y al naciente un día?
Poet. ∅1, o4: Como en el naciente día
del anterior recordamos su luna y sol,
así yo, mis anteriores mismos nombres,
bajo de hoy mi mismo y nuevo nombre guardo.
Muchos mis nombres fueron,
mas solo uno:
el que por ellos hoy sostengo.
...¡Qué digo! Mi nombre es uno
y otros nombres seres otros son.
Y respondes, creación, poema:
Padre, por otros nombres ser del tuyo,
tú del nombre tuyo, Padre,
nos expulsas?
¿Quién ha llorado, Padre, tu pena
en lejanas torres silenciosas?,
¿quién tu amor ha ebullido en los campos claros?
Padre, tronante cima,
¡todo nombre nuestro vuestro nombre firma!
Será, entonces —digo—:
Poet. ∅1, o5:
Por uno, muchos; por muchos, uno.

¿Cómo temeremos un afuera,
si desde un adentro no tememos?
Externo, interno, ¡tú y yo!
Dos naturas, que tan solo afirmo
cuando a las dos alumbra un mismo Sol.
¡Tú y yo, solos, dos mundos,
solo en un mismo mundo somos dos!
Poet. A1, α4: El mundial Enigma siempre fue que en todo ser
una llama late. ¿De dónde este fuego que alumbra a cada instante
nuestras íntimas estancias?
Poet. Π 2, π 22: He venido con ofrendas desde la ciudad de א.
Soy mortal, y traigo numerosas invocaciones a la eterna Fama (...) [1] [2]

¿Una fuente decís que veis? ¿Cuánto pueden engañar unos ojos? Tenéis delante —¡qué maravilla!— una estatua del Niño, y aquí abajo hay unos conectores, y si accedo a ellos un Teatro Onírico donde disfrutar Los Cantos de @XTR@.ThUlanar. ¡Ah!, aún retengo algunos fragmentos, y al recordarlos es como si me viese en las devastadas Tierras del Cromo, marchando entre las tropas de sombrío rostro, bajo la mirada de los Seres Exteriores, portando ajenos estandartes, sosteniendo las tech.sarisas, vestido con las ropas negras y entonando estos cantos con voz densa por la melancolía (aunque no recuerdo ahora todo el poema):

¡Oh, hirientes yugos
de esta celeste maquinaria
que los interminables momentos dominan,
en @XTR@.ThUlanar!

[1] ¡Oye, oye! ¿Qué es eso que tienes al lado?, ¿no es una fuente?

[2] ¡Lenehan! ¡No andes chinchando! ¿Quieres que al profesor le de un chungo?

¡Oh, llorosos corceles llameantes,
progenie de Ekkós de eléctricos fuegos,
arrastrad vuestra voz de arpas hasta todos los rincones del Cosmo.net!
Llegará el amargo vaticinio
de las ciudades arrasadas por la mano del hombre,
de que ha nacido el hado total.
Dirá:
"Por vuestra mano habéis labrado
por siempre os dicten la pisada
los imperiosos Cantos de @XTR@.ThUlanar"

¡A todos los vivientes bajo el WIRED ácrono,
De antes y de después de los soles!

Desde los palacios de Ereria me escuchan los Ereritas (desde la Torre de la Cósmica Orden, me escuchan los Directores y los Conciliadores, desde el tecnotrono me escucha el Primer Alto Espíritu del Pueblo, y todos los Espíritus Altos, Medianos y Bajos; desde las nuevas eras que despuntan me escuchan los hijos del Anciano Sol).

Aureliano, que abandonaste el verdadero metal por la soberbia figura humana, ¿acaso, ahora encarcelado en los autárquicos cósmicos mecanismos, desde tu divina figura desatiendes mis lloros?

Ya encontró tu meda espada aqueo yunque,

¿no crees, entonces, que si la furia de los mortales te impuso un yugo, sentenciará su caída cataclismos en las Tierras?

(...)

"D-docto, M-maestro, ¡Santo! ¡El bárbaro, a las puertas!
Contra Dios han reforjado de Ícaro las aún no muertas... ¡a-alas!"

Objeta el Sabio: Atendiendo el colorinfinito cosmo.net,

(Poet. 2a 10-15) "Si un solo Bien se expresa en Mundo,
¿de dónde Amores tantos,
afán opuesto a afán?, ¿cómo
tantas puras unas altas
naturas Bellas sellan suyas
adversas conexas fronteras?"

En el edén de las imágenes
a los mortales internautas
el Santo escucha.

(Hablan los Asteriones):
Sabio, Errerás docto, ¡el bárbaro, a las puertas!
Enigma el Santo:
(Poet. 1a 22-26) “Mientras una electro rosa
de hiriente fisis
absorto indago,
circundándome,
el jardín.”
(...)

el Sabio escucha.

(...)" [1] [2] [3]

---

[1] ¿Y todo esto guardan las brumas? ¡Pues cuánto da de sí una aldea con cuatro casas contadas y una plaza con una iglesita y una fuente!

[2] ¿Y no será "qué pequeño es el mundo, que solo contiene esta aldea?"

[3] ¡Venga, basta de tonterías! Dejemos a este aquí, que el verso es muy corto y el hambre muy larga.

Francisco Javier Garrido Delgado

Lola

He soñado contigo,
almendra dulce, corazón suavísimo e hilado con finuras.
Yo dormía un soñar sin sueño
en una aurora negra;
mi cuerpo era materia de la nada, dolor por una ausencia que latía en boca de los pájaros
y de mí se alejaba.
Tú te apoyabas en las cornisas de templos antiguos y pensabas en cisnes,
ajena a la oscura noticia del mundo.
Entonces debiste escuchar un son de galápago herido,
mientras cavilaba tu mano en al aire trazando brocados, fimbrias de oro.
Sin que yo lo supiera debió nacer en mi pecho una pluma triste
que tú divisaste en tu femenil espuma, en tu palacio celeste;
sin demora urgiste tus pasos
y quisiste que el sol te acompañara.
Mi mano había caído de su lecho como una flor marchita en un pensil de Babilonia,
declinada tal un perfume ido.

Mi cuerpo reposaba en un dolor violeta atemperado por un perfil de irrealidad oscura.
En mi angustia leve, sentí como un beso de ángel rozándome la palma,
y era tu dulzura acariciando,
tus ternísimos dedos que, humildes, eran la calidez de un alma buena.
Abrí los ojos al tacto compasivo de tu voz finísima,
esquila temblante de los céfiros
que entonaba romances españoles trenzados por la lumbre,
y te vieron, mis ojos, ya plena la visión, femenina presencia sonriente,
con una sabia faz de niña dulce
fluyendo en un arroyo de nenúfares gratos.
Yo las fuerzas recobrara con tu amistad de estrella elegida entre querubes
y por tu navegar valiente en tu esquife de nácar hendiendo un mar ignoto,
amiga de los árboles;
sonreía después de un tardo tiempo
serenado al fin de las penumbras
merced a tu cariño de nereida que me diese la antorcha de los astros,
el cirio de la luz.
Me levanté y nos fuimos caminando
por una senda pura de zafiro.

José Ignacio García de la Cruz

I

A nadie tengo
ni a mí mismo.
Vago entre nieblas lejos
de todo y de mí mismo.
¿Mi sombra?
Ayer caminaba junto a mí
y hoy se oculta de mí.
No siento mi ser.
No siento nada.
Solo vacío sin fin.
Un vacío falto de ser.
Ni siquiera alma.
Ni oscuridad ni luz.
No hay nada.
Nada hayo
en este vacío que muere
como la última flor de mayo.
Muero sin semillas y pétalos.
Raíces secas y muertas.
Un océano ni cruel ni malo.

Un cielo ni bueno ni generoso.
Todo es vacío sin infinito
que riega esto que ni siento y siento
¿Es o está? No.
Es un vacío introspectivo.

II

Estoy en una habitación
que sus paredes espejos son
y yo me observo observarme,
pero nunca llego a mirarme.
Yo creo que ese no soy yo.
No quiero decir un no.
Pero ese ser mío del yo
es pasado sin ser olvidado.
Vaga por la habitación multiplicándose
Como si un átomo o sustancia se clonase.
Prefiero estar en la habitación sin luz
y no verme en espejos de pared y techo azul.

III

Camino junto a un río sin orilla
buscando el agua que brilla
y vaga o muere en el mar sin sonrisa.
Porque el agua al descansar al mar
muere y lo dulce se vuelve sal.
Ya no quiero caminos rectos,
busco el agua que provoca sentimientos

que me haga caer desde una cascada
que me esconda en rocas desgastadas
y me pare en lagunas
donde se refleje la luna.
Ojalá remontar el río
cuando llegue al mar maldito.

Candela Jarilla Palacios

Yo iba a ser flor pero

se puso de impedimento mi biología

donde tenía el tallo apareció un cuerpo

En el pistilo me salió ombligo

Aunque se me cayeron los pétalos

El viento se hizo destino

Me trajo como presente

Olor a rocío

Vincenzo Leonardi

Díptico de las Ruinas

I
Itálica

En el anfiteatro
una extraña corriente me sacude
los írides
                y me recuerda
                                que estoy fuera de ritmo.
Se me cae encima el honor
de los pilares
                que acogieron la gloria,
la gloria que se abría
en las hojas de un jazmín,
                cuando el esfuerzo
no sabía a condena anticipada
en folios rotos,
                cuando el alarido
se derretía en los dientes
de las fieras

y el público se exaltaba

porque un hombre se moría
en la Patria que lo amaba.

La Historia contempla
con el semblante de un ángel.
Contempla, sobrevuela
un esqueleto
que el musgo
arranca
con la constancia del humo
mientras va alejándose
del lugar del delito.
La Historia contempla
y orina
sobre este jaramago
que desde las gradas cuenta
el estrago de un mundo
a los viajeros asesinos,
de un mundo que era progreso.

La corriente se retira.
Las plantas,
solas,
pueblan la arena
y yo
en su inflamado corazón
veo una cabeza implantada
como un escarmiento.
La cabeza ha perdido su carne,
la carne ha abandonado su pelo,

y el pelo todavía reviste
las cuevas devoradas
por las termitas.

Miro esta criatura
(tótem de mis sacrificios)
y fuerza mi muerte que
con voz de paloma
me devuelve
un viejo sollozo:
«Itálica está muerta».

Abandono estas ruinas,
abandono este cadáver
y a la Historia que contempla
daré cuenta del asesinato de mi patria.

II
Medina Azahara

En algún lugar
entre grabados rojizos
una voz está esmaltando
la órbita de los arcos
mientras la noche se tiñe de cal.

La voz despliega sus velas
infladas por el humo
de mármol
y ondea, al aire libre, mientras tiemblan
las luciérnagas.
Oxígeno que quema
en el laberinto de puertas abiertas
y glasea la epidermis
del ayuno
que hincha
el recuerdo
el hueso
negro
del Califato.

En el otoño azul
veo a Medina
cortando
las cadenas del exilio
con navajas de jazmín.
Diosa sin velos,

amor de rudo alginato,
rudo silencio de los brazos
amaneciendo con la luna,
con su sueño luciente
para que pueda entrar
en su soledad.
Frente de ébano
como solicitud
al astro de la medianoche
donde vive una dulce leyenda.

Esclavo de mi corazón,
encierro su cuello
entre mis brazos.
Acto conclusivo
acto miserable
de un latido cifrado
en tierras de papel.

Carlos G. Manrique

No hay felicidad. Hay verdad

A Sergio Altorre, amigo y poeta

I

¿Al abrigo de qué niebla
quiero yo cerrar mis ojos,
tan cansados de tentar y nunca ver?
¿A qué florida mata
pretendo atar mi lengua
para no sentir nunca más
el sabor de la espina?

II

Tal vez en el cuerpo desatado
halle yo al fin mi bruma.
Tal vez consiga esa nada
con sangre a manos llenas:
hasta el sopor,
hasta que la lengua
quede quieta como un clavo.

III

Pero, ¿dónde está esa carne?
Porque hasta bajo las uñas
todavía me mata de vacío
un gris inexplicable.
¿Dónde has quedado, nubarrón
de luces que me juraste un sueño
del que jamás despertaría?

IV

¿Será que todo fue un delirio,
hasta en su más recóndita esperanza?
¿Qué me queda entonces?
Esta sombra, este dolor:
este vacío que habla en mí
como un labio mudo.
Y sólo su verdad.

V

La verdad del dolor,
de la palabra que no llega.
Sin bruma, esta insalvable roca
que me pesa como un rayo.
Y nada más existe
cuando la niebla, al fin,
se ha desvanecido.

Eloy Márquez

Nomadología

Has visto la salida, aún si tu camino peligrara en volverse desierto, tú te desharás en arena, con tal de que los vientos -todos elíseos en tu Fortuna- continúen siendo los guías. No retrocederás, no buscarás los resguardos de las seguridades.

Andarás por doquier, cobijándote en el amparo de lo Abierto. Dormirás bajo las leyes sagradas de la hospitalidad. Caminarás sin ley, como los forajidos. Tus cabellos dorados, como el vellón del león, se ordenarán según la velocidad de tu cabalgamiento. Diseñarás lo aún no-creado, lo increíble, lo creable por tus manos brujas. Tuyo será el Tiempo, por él viajarás como la más veloz de las estrellas, la más vista, la más solitaria.

Habiendo surcado el firmamento, retornarás al hogar, al inicio. En él saborearás de la dulzura de la raíz, y tuyo será el fruto, finalmente.

Comprenderás, tardíamente pronto, como una posibilidad póstuma, que en ese origen anidó siempre tu gran misión, tu encomienda…, tu tarea de originarte destino.

Mirada del Aurora

Es el lleno de plenitud, en el instante dejado, el recién venido.

Rebosante, aquél momento iluminado por los levantes del alba.

Sonante, silbos y soplos le animan, lo ensalzan, lo erigen, lo celebran como la sinfonía de birlos al parirse el día.

Cada noche, estrella por estrella, se convierte en semilla para los mañanas. Gota a gota, el frescor de la primavera naciente nos llueve. Calmado el delirio, atenuado el ardor, desciende el tiempo invisible en el que lo no-nombrado, la ruina de lo dicho, hace presa de la palabra.

Fundaciones de amor, este pálpito se forjó lira, como esta alma se esculpió templo…, piedra a piedra…, plegaria a rezo.

Estancia en la Tierra, provincia en lo humano…, majestades, ¿qué nos está siendo deparado?, Desde los horizontes hacia las órbitas, en superficies y fondos: la manifestación adviene. Los pueblos cobijan luces…

Todo habitar será sembrado por la Luz.

Patricia Iniesto de Miguel

Has desafiado el orden del mar

el inicio de los tiempos

el alarido primigenio.

todo en calma, en silencio;

todo inmóvil, callado,

y vacía la extensión del cielo.

Aún no existe la palabra precisa

pero tu cuerpo ya expande sus raíces

sobre los sedimentos mudos,

nódulos primitivos

donde comienzas a nombrar

la claridad del mundo.

Creces en el hueco

en el que el sol ignora todas las palabras

pero yo te nombro

para que calle el invierno.

¿Desde dónde puedes ahora escucharme?

¿Qué fonemas de escarcha te habitan?

Niego las piedras que brotan

de mi garganta para que nunca te encuentren

porque también la memoria

ha aprendido a agrietarse en mi boca.

Agustín Raposo

Pompas

La pompa de jabón
cruza el aire
indiferente a todo,
ensimismada
en su redondez cristalina.
El niño la persigue,
la roza con los dedos
y, decepcionado,
ve cómo se deshace,
cómo estalla en mil partículas de agua.
Pronto reemprende la carrera,
salta tras otras pompas,
continúa con su juego.
Ojalá tarde tiempo en comprender
que la vida también es eso:
andar tras una esfera breve y frágil
que acariciamos con las yemas.

Pedro Antonio Sánchez Sánchez

VEN,

crucemos las fronteras de los cuerpos y tomemos con los dedos su pureza,

bebamos sin recato de su verbo

hecho de sal y de barro.

Dancemos a la orilla del seísmo su canción

ingrávida de aire.

Porque es allí la casa.

Es allí

el fuego

Ricardo Daniel Suárez García

Cicatriz

Este cielo se rompe,
cae sobre mí, me hace pedazos;
mi cuerpo hecho está de retazos
de un alma que corrompe.

Pilar Trol

Cuatro ausencias

I.

huelga abrazo intacto el objetivo

he comido imperio

tú dónde te escondes

nido oculto suaves las almácigas

se me ha desabrochado

un trocito de barriga

tú dónde lo escondes

pícaro o penado bajo el hombro

he sorbido piedras

guardas algo

mi estómago molido

pegajoso

dónde tú

II.

almáciga la niña y la flor y los poliedros

regulares germen lícito de escucha

almibarado

presupuesto equidistante de la flor

diezmo cronológico

plano que se toca como al cero

III.

Trinitario pero bífido hay

un huevo entre

dos soles cómo se le

muerde hirviendo el

tallo amarillo de la

yema cómo se hace

imperio en una sombra o cómo

mezclas el

jazmín la

ausencia de los

trenes pasa

en medio peristáltica y casi

funcional traza tres que son dos

huevos porque el tallo el

tallo está callado sin poder ni

como sombra y eran

Tres: deseo y uno y otra pero es

bífido

IV.

callo como un tuétano de

almíbar como aquello que lo

trilla mala

hierba son las calamidades que se apuran a tejer

pájaros

olidos por los perros de la

sombra todo está en

silencio como un ruego

bendito

tomo un pliego de la carne y qué

cara tiene un hueso sin colapso aguja contra

aguja sin el ruido no hacen

uñas duras ni las blandas ni le

esperan ni me

cuidan

Este segundo ejemplar
de la revista Ceniza se terminó en
marzo de 2025.
Gracias a todos los autores por
participar en este segundo número.